

# LOS DIOSES EN EL EXILIO

Henrich Heine

Presentación de Adolfo Castañón

## PRESENTACIÓN

**L**os dioses en el exilio es un breve y fulgurante ejercicio en prosa del poeta alemán nacido en Düsseldorf, de padres judíos, el 13 de diciembre de 1797, y muerto en París, en 1856. Heinrich Heine lo escribe ya desterrado en esa ciudad, en 1834, por la misma época en que también redacta otro texto de la misma familia: “Los espíritus elementales”. Tiene 37 años, es conocido como poeta, ha entrado y salido de la universidad, ha concluido un doctorado y se ha visto obligado a recibir el bautismo. Llega a París, desterrado, el 19 de marzo de 1831. Pronto se hace conocido de Balzac, Musset, Vigny, entre otros. Ese mismo año de 1834, el príncipe de Metternich advierte sobre sus actividades subversivas y pocos meses después, en 1835, serán prohibidos todos los escritos de Heine en Prusia, al mismo tiempo que se publica en alemán *Los dioses en el exilio* (*Die Götter im Exil*), texto previamente publicado en París, en la *Revue des Deux mondes*, en 1853. Por esta razón, el conocimiento de diversos textos de Heine, publicados en esa revista francesa, fue muy temprano. Consta que este texto en particular se conoció en español a través de diversas traducciones, como la de Pedro González Blanco, publicada por Sempere y compañía, en Valencia y Madrid, a principios del siglo XX (el libro no tiene fecha) y con el título *Los dioses en el destierro* (seguramente la versión fue realizada desde el francés), o la de Pedro Galves, publicada en 1984. De esas versiones, sin duda la más elaborada y fina es la firmada por Manuel Sacristán Luzón.\*

---

\* La presente traducción se publica en Istor con la autorización expresa de su hija Vera Sacristán.

*Diez años antes, en 1824, el joven poeta admirador de Bonaparte y de la Revolución Francesa había salido fulminado de la casa de Goethe, luego de haberle confesado a éste que estaba escribiendo un Fausto. Mencionar la soga en la casa del ahorcado parece haber sido una de las cualidades de este escritor romántico, desacralizador del romanticismo. Probablemente ese talante corrosivo y a veces revulsivo es lo que llevó a Karl Marx a admirarlo como “el más endurecido de los emigrantes alemanes”, “el más inteligente” y “el más irreductible” y a sostener con él una relación amistosa que se expresa fundamentalmente en la colaboración en los Anales Franco-alemanes (Deutsch-franzosischen Jahrbüchern) entre 1843 y 1844, años decisivos en la evolución lírica y política de Heine. Ahí publica su “Canto de alabanza al rey Luis de Baviera” y “Los tejedores”, el poema más abiertamente militante de su obra. Le escribirá a Marx en 1844 una carta sobre el poema “Deutschland” y, a través de gente cercana a éste —como su secretario Reinhardt o el militante Neerth—, mantendrá con el autor de El capital una relación amistosa, sin ser del todo comunista ni devoto de la causa del proletariado. Esa ambigüedad en el orden de la historia y de la política impregna también su vida interior y su mundo religioso. Heine no deja de creer y de descreer, y transita desde el dandismo hasta un oscuro panteísmo entre nihilista, ateo y pagano, pasando por una suerte de catolicismo ansioso en pos de una madonna y por un cristianismo y misticismo no-eclesiástico que le fue acerbamente criticado.*

*No es extraño que Heinrich Heine haya sido amigo de Gérard de Nerval, Richard Wagner y Robert Schumann, y este paisaje fluctuante es el cielo revuelto y vertiginoso contra el cual se recorta el ensayo aquí presentado. Como una puerta giratoria, la prosa de Heine es intermitentemente poética y filosófica y parece dar voz a la más tensa dialéctica que pueden conocer los hombres: a saber, la de la crisis de las formas simbólicas y la paralela disolución y resolución de los humores que la llenan. Esa nítida traducción de las vicisitudes de la conciencia histórica y artística fue patente desde la primera prohibición de la obra de Heine en 1835 hasta las promulgadas por los nazis. La poesía “tendenciosa” (Tendenzbair), la poesía “comprometida” de Heine acarrearba muchos riesgos y él lo sabía, como reconocen Marx y Engels en La ideología alemana: “¡Qué justamente ha juzgado Heine a sus imitadores: ‘He sembrando dientes de dragón y he cosechado pulgas!’” En su prosa, en cambio, la vivacidad de su inteligencia se enciende sin declinar y una extraña mezcla de pasión y sed de purificación mantiene en vilo las tensas líneas de la prosa. Leídas desde México, un país donde los dioses en el destierro*

*parecen acechar las ciudades, los suburbios y los montes a cada momento, estas páginas no están exentas de cierto resplandor inquietante como un ópalo de indefinible color.*

*La traducción aquí presentada fue realizada por el eminente filósofo y traductor Manuel Sacristán (1925-1985), quien residió en Barcelona casi toda su vida. Fue publicada en el libro de H. Heine titulado Obras, editado por Vergara en Barcelona en 1964, y va precedida de un prólogo del traductor; luego recogido por el propio Sacristán en el volumen Lectura: I. Goethe. Heine, publicado por la editorial Ciencia Nueva en Madrid en 1967. Algunos de los datos que informan esta advertencia provienen de ahí. Desde 1947, cuando contaba apenas con 22 años, Sacristán fue un animador cultural nato, un editor de raza que fundó y dirigió revistas como Cuadrante, Laye, Cuadernos de Cultura Catalana (clandestinamente editada por el PSUC) y Materiales, cuya iniciativa encabezó Giulia Adinolf. Su obra como traductor fue intensa y destacada y trajo a nuestro idioma más de 80 obras de muy diversos autores como K. Marx, F. Engels, A. Gramsci, T. W. Adorno, K. Korsch, G. Lukacs, G. Della Volpe, J. K. Galbraith, E. Fischer, A. Labriola, H. Marcuse, A. Héller, A. G. Lowy, E. P. Thompson y, desde luego, H. Heine.*

#### LOS DIOSES EN EL EXILIO\*

**Y**a en mis primerísimos escritos expuse la idea de la que han nacido las páginas siguientes. En ésta vuelvo a hablar, en efecto, otra vez de la transformación en demonios que han sufrido las divinidades grecorromanas al conseguir el cristianismo el dominio del mundo<sup>1</sup>. La fe popular atribuyó a aquellos dioses una existencia, ciertamente real, pero maldita, completamente de acuerdo en esto con la doctrina de la Iglesia. Esta última no declaró, en efecto, a los dioses meras quimeras, como habían hecho los filósofos, no los tomó por abortos de la mentira y del error, sino que los tuvo más bien por espíritus malos que, derribados de la luminosa cima de su poder por la victoria de Cristo, se arrastraban ahora por la tierra en la oscuridad de viejas ruinas de templos o de bosques

---

\* Versión del alemán de Manuel Sacristán Luzón.

<sup>1</sup> Heine se refiere especialmente a los *Espíritus elementales* y a la *Contribución a la historia de la religión y de la filosofía Alemana* [N del T.]

encantados, y con sus tentadoras artes diabólicas, con la concupiscencia y la belleza, especialmente por medio de danzas y cantos, atraían al pecado a los débiles cristianos que se extraviaban por esos parajes. En las partes segunda y tercera del “Salón” he discutido directamente todo lo relativo a ese tema, la transformación del viejo culto de la naturaleza en servicio a Satanás, la transformación del sacerdocio pagano en brujerías, y la diabolización de los dioses; y ahora me creo tanto más autorizado a prescindir de toda discusión ulterior del asunto cuanto que desde entonces muchos otros escritores, siguiendo la huella de mis indicaciones y las alusiones que hice acerca de la importancia del tema, lo han tratado mucho más amplia, completa y detalladamente que yo. El que al hacerlo no citara el nombre del autor no tiene el mérito de la iniciativa, es un olvido de escasa trascendencia. Ni yo mismo quiero considerar demasiado importante esa reivindicación. En realidad, hay que reconocer que el tema que yo puse sobre el tapete no era ninguna novedad; pero la divulgación de las ideas antiguas es algo parecido a la del huevo de Colón. Todo el mundo sabía la cosa, pero ninguno la decía. Lo que yo dije no era ninguna novedad, sino que se encontraba impreso desde hacía mucho tiempo en los venerables infolio y en cuarto de los compiladores y los anticuarios, en esas catacumbas de la erudición en las que a veces se encuentran amontonados, con una simetría espantosa que es mucho más terrible que la salvaje arbitrariedad, los más heterogéneos esqueletos del pensamiento. Confieso, además, que también eruditos modernos habían tratado el citado tema; pero, por así decirlo, lo han metido en el ataúd de los leñosos sarcófagos para momias que componen su confuso y abstracto lenguaje científico, lenguaje que el gran público no puede descifrar y tiene que tomar por jeroglíficos egipcios. De esas fosas y montañas de huesos volví a rescatar el tema para la vida real, mediante la mágica fuerza de la palabra universalmente comprensible, mediante los conjuros de un estilo sano, claro y popular.

Y vuelvo a mi tema, cuya idea básica, como ya he indicado, no necesita aquí más discusión. Sólo con unas pocas palabras quiero llamar la atención del lector sobre cómo los pobres viejos dioses de los que antes hablaba, en la época de la victoria definitiva del cristianismo, o sea en el tercer siglo de nuestra era, se encontraron en dificultades que presentaban su vida divina. Se encontraron

entonces, efectivamente, en la misma triste necesidad en que ya se vieron en otro tiempo, en la arcaica época revolucionaria en que los titanes se evadieron de la vigilancia del Orco y, poniendo el Pelión encima del Ossa, escalaron el Olimpo. Ya entonces tuvieron que huir vergonzosamente, los pobres dioses, y se escondieron entre nosotros, en la Tierra, bajo todos los disfraces imaginables. Los más se dirigieron a Egipto, donde, para mayor seguridad, tomaron formas animales, como es bien sabido. Del mismo modo tuvieron que emprender ahora la huida los pobres dioses paganos y buscar refugio en los escondites más remotos y bajo toda clase de disfraces cuando el verdadero Señor del Mundo plantó su bandera cruzada en el castillo celeste y los iconoclastas beocios, la banda negra de los monjes, destruyeron los templos y persiguieron con fuego y maldición a los dioses expulsados. Muchos de esos pobres emigrantes, sin techo y sin ambrosía, tuvieron que recurrir a una industria civil para ganarse por lo menos el necesario pan. En estas condiciones, más de uno cuyos sagrados bosques habían sido confiscados tuvo que hacer de jornalero leñador entre nosotros, en Alemania, y contentarse con beber cerveza en vez de néctar. En esta miseria Apolo parece haber aceptado un empleo de pastor, y del mismo modo que en otro tiempo sacó a pastar las vacas de Admeto se puso a apacentar animales de la Baja Austria, pero, sospechoso por su admirable canto, fue reconocido como viejo brujo y dios pagano por un sabio monje, y entregado a los tribunales eclesiásticos. En el tormento confesó que era el dios Apolo. Cuando le iban a ejecutar pidió que le permitieran tocar por última vez la cítara y cantar un poema. Tocó tan conmovedoramente y estuvo al mismo tiempo tan hermoso de rostro y cuerpo que todas las mujeres lloraron, y muchas enfermaron más tarde. Al cabo de algún tiempo decidieron desenterrarle para empalar su cadáver, pensando que debía de ser un vampiro y que las mujeres enfermas sanarían con ese comprobado remedio tradicional contra los vampiros; pero la tumba estaba vacía.

No sé gran cosa de los destinos del viejo dios de la guerra, Marte, desde la victoria de los cristianos. Algo me inclinó a creer que durante la Edad Media se aprovechó bastante bien del derecho feudal. El largo Schimmelpfennig, sobrino del verdugo Münster, se encontró con él en Bolonia, donde tuvieron una conversación de la que daré noticias en otro lugar. Algún tiempo antes

había servido como lansquenete a las órdenes de Frundsberg, y asistió al saco de Roma, donde sin duda lo pasó amargamente viendo a su vieja ciudad predilecta y los templos en los que él mismo había sido venerado, así como los de sus parientes, en tan humillante pillaje.

Mejor que a Marte y a Apolo le fueron las cosas a Baco después de la gran retirada; la leyenda cuenta lo siguiente:

Hay en el Tirol grandes lagos rodeados de bosques, cuyos altísimos árboles se reflejan majestuosamente en la onda azul. Árbol y agua murmuran tan misteriosamente que el paseante solitario siente alterarse sus sentidos. En la orilla de uno de esos lagos estaba la cabaña de un joven pescador que se alimentaba de la pesca al mismo tiempo que curaba de prestar servicios de barquero a los viajeros que desearan pasar al otro lado del lago. Tenía una gran barca, atada a viejos troncos, no lejos de la cabaña. En esta última vivía él solo. Una vez, cuando los días, en otoño, son iguales a las noches, oyó que llamaban a su ventana hacia la media noche y cuando salió a la puerta vio a tres monjes que mantenían las cabezas profundamente hundidas en las capuhas y parecían tener mucha prisa. Uno de ellos le pidió urgentemente que les prestara su lancha, y le prometió que a las pocas horas volvería a ponérsela en su sitio de costumbre. Los monjes eran tres, por lo que el pescador no pudo vacilar mucho tiempo: desató la barca, y mientras los tres se subían a ella y se adentraban en el lago, él se volvió a la cabaña, donde quedó oído atento. Joven como era, se durmió pronto, y al cabo de algunas horas le despertaron los monjes, ya de vuelta; cuando salió a su encuentro uno de ellos le puso en la mano una pieza de plata como precio del viaje, y los tres se alejaron rápidamente. El pescador se fue a ver su lancha, la cual estaba efectivamente atada. Luego tuvo un escalofrío, pero no por el frío de la noche. Los escalofríos le habían empezado, helándole casi el corazón, cuando el monje que le dio el dinero le tocó la mano; los dedos del monje estaban helados. El pescador no pudo olvidar ese detalle durante varios días. Pero la juventud consigue a la postre quitarse de la cabeza todo lo desagradable, y el pescador no pensaba ya en aquel sucedido cuando al año siguiente, también por el equinoccio, volvieron a llamar a su ventana hacia la medianoche y volvieron a aparecer con la misma prisa los tres mojes encapuchados pidiéndole de nuevo la lancha. El pescador se la prestó esta vez con

menos preocupación, y cuando al cabo de pocas horas volvieron los monjes y unos de ellos le puso apresuradamente el dinero en la mano, volvió a sentir con escalofríos los helados dedos. Lo mismo ocurrió cada año, por la misma época y del mismo modo, y finalmente, cuando al séptimo año se acercó la fecha, el pescador sintió gran deseo de descubrir a cualquier precio el misterio que se escondía detrás de las tres capuchas. Puso en la lancha una gran cantidad de redes que le podrían servir de escondite en el que deslizarse mientras los monjes subieran a ella. Los oscuros clientes llegaron efectivamente a la hora esperada, y el pescador consiguió esconderse sin ser visto entre las redes y tomar también él parte en el viaje. Para sombrero suyo, la travesía fue muy breve, mientras que él solía necesitar más de una hora para llegar a la orilla opuesta; aún mayor fue su asombro cuando, llegando a ella, vio un gran claro de bosque que jamás había observado allí, aunque conocía muy bien el paraje. El claro estaba rodeado por unos árboles que pertenecían a una flora completamente extraña para él; de ellos colgaban además innumerables luces; en altos pedestales había vasos en los que ardía resina del bosque, y la luna lucía tan clara que el pescador pudo contemplar todos los rostros tan precisamente como si fuera de día. Eran unos cuantos centenares de personas, jóvenes y muchachas, hermosos como estatuas en su mayoría, aunque de rostros tan blancos como el mármol, y esta circunstancia, junto con los vestidos, blancas túnicas muy amplias con orlas de púrpura, les daba el aspecto de estatuas en movimiento. Las mujeres llevaban en la cabeza diademas de hojas de vid naturales o de oro y plata, y parte de su cabello estaba entrelazado en la parte alta de su cabeza, como una corona, mientras que otra parte del mismo caía desde ella, libre, por el cuello. Los jóvenes llevaban también en la cabeza diademas de vid. Hombres y mujeres, esgrimiendo dorados bastones adornados de zarcillos de la misma planta, llegaron volando jubilosamente para saludar a los tres recién llegados. Uno de ellos se quitó en seguida la cogulla, y al hacerlo apareció un impertinente compañerito de mediana edad, con un rostro repugnante, libertino y vicioso, dotado de puntiagudas orejas de chivo y de una sexualidad cómicamente exagerada, hipérbole escandalosa, completamente a la vista. El otro monje se quitó igualmente los hábitos, y resultó ser un gran barrigudo, no menos desnudo que el otro, y en cuya lisa calva las caprichosas

mujeres pusieron una corona de rosas. Los rostros de ambos monjes eran blancos como la nieve, igual que los de los demás reunidos. Blanco también como la nieve era el rostro del tercer monje, que se quitó riendo la capucha. Cuando desciñó el cordón de sus hábitos y tiró con asco el piadoso y sucio atuendo, junto con su cruz y su rosario, apareció una maravillosa figura juvenil de las más nobles proporciones, cubierta de una brillante túnica sembrada de diamantes; sólo las redondas caderas y el delgado talle tenían algo de femenino. También los labios tiernamente curvados y los rostros suaves hasta lo impreciso daban al joven aspecto femenino, a pesar de lo cual su rostro tenía cierta expresión audaz, casi orgullosamente heroica. Las mujeres le acariciaron con salvaje entusiasmo, le pusieron una corona de hiedra en la cabeza y echaron sobre sus hombros una magnífica piel de leopardo. En el mismo momento llegó un carro triunfal dorado, de dos ruedas, tirado por dos leones, al que subió el joven con dignidad de soberano, pero sin perder la alegre mirada. Dirigió con riendas de oro el tiro feroz. A la derecha de su carro marchaba uno de sus dos acompañantes anteriormente encapuchados, cuyos hirientes gestos y exagerada anatomía divertían al público, mientras que su compañero, el calvo panzudo, se mantenía a la izquierda del carro con una copa de oro en la mano que le llenaban constantemente de vino. El carro se movió lentamente, y detrás de él hormigueaba la danzante alegría de los hombres y las mujeres coronadas de vid. Delante del carro iban los músicos de corte del *triumphator*: el hermoso joven con la flauta doble en la boca; luego la tamborilera de alto cinturón que golpeaba el sonoro parche con los huesecillos de la mano invertida; luego la otra hermosa con el triángulo; luego los trompetas, mozos de pies cabrunos y rostros hermosos, aunque lascivos, los cuales tocaban cuernos de animales curiosamente retorcidos, o bien caracolas marinas; luego seguían otros con laúdes.

Pero, querido lector, me estoy olvidando de que eres un lector muy culto e instruido, el cual se ha dado cuenta hace ya un buen rato de que se trataba de una bacanal, de una fiesta de Dionisos. Muchas veces has visto, en antiguos bajorrelieves o en reproducciones arqueológicas, las procesiones triunfales en honor de ese dios, y , dada tu cultura clásica, ni siquiera te asustarías si te encontraras de repente, en la muerte soledad de un bosque, a medianoche, con el hermoso y amable fantasma de una tal procesión de Baco, incluido todo



el correspondiente y ebrio personal. A lo sumo sentirías un ligero escalofrío de placer, un cosquilleo estético a la vista de la pálida reunión, de los graciosos fantasmas salidos de los sarcófagos de sus tumbas o de sus escondites en las ruinas de los templos, para volver a celebrar el alegre servicio divino, para celebrar una vez más con juegos y danzas la marcha triunfal del Liberador, del Salvador de los sentidos, para bailar una vez más la alegre danza del paganismo, el canchán del mundo antiguo, sin disimulos hipócritas, sin intervención del *sergeant-de-ville* de una moral espiritualista, con toda la libre locura de los viejos días, gritando, cantando exclamando: *¡Evoe Bacche!* Pero, ¡ay!, querido lector, el pobre pescador del que estamos hablando no estaba en absoluto familiarizado como tú con la mitología, no había hecho estudios arqueológicos de ninguna clase, y fue presa de angustia y terror a la vista del hermoso *triumphador* con sus dos curiosos acólitos liberados ya del atuendo monacal; tuvo esta vez escalofríos por los silenciosos gestos y saltos de las bacantes, de los faunos, de los sátiros, que le parecieron especialmente diabólicos a causa de sus cuernos y de sus pies de chivo, y consideró que aquella soledad era un congreso de fantasmas y demonios que intentaban acarrear con sus maleficios la perdición de todos los cristianos. Se le pusieron los pelos de punta al ver la postura acrobática e imposible de una ménade que, con el cabello al aire, echó la cabeza para atrás sosteniéndose gracias al contrapeso del tirso. El cerebro se le revolvió completamente al ver a coribantes que se herían ellos mismos con sus cortas espadas, buscando locamente la voluptuosidad en el propio dolor. Los tonos de la música, blandos, tiernos y al mismo tiempo crueles, penetraban en su espíritu como llamas, abrasadoras, destructoras, espantosas. Pero cuando el pobre pescador descubrió el malfamado símbolo egipcio llevado, en descomunal tamaño, por una mujer desvergonzada en lo alto de una pértiga, perdió los sentidos, se precipitó hacia la lancha y se escondió bajo las redes, temblando y castañeteando como si Satán le tuviera ya cogido por un pie. Poco después volvieron los tres monjes a la lancha y partieron. Cuando finalmente llegaron a la otra orilla, el pescador supo salir tan hábilmente de su escondite, que los monjes creyeron que había estado esperándoles en los prados, y mientras uno de ellos le ponía con sus helados dedos el dinero en la mano, ya los otros dos se alejaban apresuradamente.

Tanto por la salvación de su alma, a la que creía en peligro, cuanto por preservar a otros cristianos de la perdición, el pescador se creyó obligado a denunciar a los tribunales eclesiásticos el hecho horrendo, y como el superior de un vecino monasterio de franciscanos era presidente de uno de esos tribunales, y hombre de mucho prestigio como sabio exorcista, el pescador decidió ir inmediatamente a verle. Por eso, al levantarse, el sol vio al pescador ya camino del monasterio; con humilde mirada se detuvo pronto ante su paternidad el superior, que estaba sentado en un sillón en su biblioteca, con la capucha bien echada por la frente, y se quedó en esa meditabunda postura mientras el pescador le contaba la horrorosa historia. Una vez terminó éste su relación, el superior levantó la cabeza, y al echarse la capucha para atrás, el pescador descubrió con terror que su paternidad era uno de los tres monjes que cada año atravesaban el lago, precisamente aquél al que había visto aquella noche, como demonio pagano, en el carro triunfal tirado por los leones: era el mismo rostro de mármol palidez, los mismos hermosos rasgos regulares, la misma boca con los labios tiernamente abombados. Y en torno de esos labios flotaba una benévola sonrisa, y de la boca brotaban ahora consoladoras palabreas de suave sonido: “Amado hijo en Cristo: Creemos gustosamente que has pasado esta noche en compañía del dios Baco, y tu fantástica historia da cumplido testimonio de ello. Por nada queremos hablar mal de ese dios, que es sin duda a veces un consolador en las preocupaciones y alegra el corazón del hombre; pero es un dios peligroso para las personas de poco aguante, y tú pareces ser una de ellas. Por eso te aconsejamos que a partir de ahora goces limitadamente del dorado zumo de la vid, y que no sigas ocupando a la autoridad eclesiástica con los frutos de la embriaguez en tus sesos; también te mandamos que no digas nada de tu última visión, que cierres la boca, pues en caso de que no lo hagas así el brazo secular del alguacil te administrará veinticinco azotes. Y ahora, amado hijo en Cristo, vete a la cocina, donde el hermano copero y el hermano cocinero te ofrecerán un tentempié.”

Con esto el eclesiástico señor impartió su bendición al pescador, y cuando éste, ya bastante afectado, llegó a la cocina y vio al hermano copero y al hermano cocinero, casi se cayó redondo del susto: pues los dos hermanos eran los dos compañeros del superior, los dos monjes que habían cruzado el lago con

él, y el pescador reconoció tanto la calva del gordinflón cuanto las muecas y las orejas de cabra del otro. Pero cerró la boca y no contó la historia sino ya en la vejez y sólo a sus parientes.

Otras viejas crónicas que cuentan leyendas parecidas sitúan los hechos en Spira, junto al Rin.

En la costa frisia oriental existe una tradición parecida en la que destacan con suma claridad las viejas ideas paganas de la travesía de los muertos al reino de las sombras, ideas que están en el fondo de todas esas leyendas. Ciertamente se habla de un Caronte que guíe la barca, pues este muchacho no se ha conservado en ninguna parte en la leyenda popular, sino sólo en el teatro de títeres; pero reconocemos en cambio a un personaje mitológico mucho más importante que la figura que se ocupa del viaje de los muertos, la figura que paga la moneda tradicional al barquero que realiza el deber de Caronte y que suele ser en las leyendas un sencillo pescador. A pesar de su barroco disfraz adivinaremos fácilmente el verdadero nombre de ese personaje; por eso quiero contar la tradición citada del modo más fiel posible:

En la Frisia oriental, en la costa del mar del Norte, hay unas ensenadas llamadas *Siele* que forman como pequeños puertos. En la parte más saliente de ellas suele haber la solitaria casa de un pescador que vive allí tranquilo y sobriamente con su familia. La naturaleza es triste en esas tierras y aguas, no hay pájaro que cante, como no sea la gaviota, que sale a veces de su nido de arena de las dunas con un chillido desagradable que anuncia la tormenta. La charla monótona del mar armoniza muy bien con las oscuras nubes. Tampoco los hombres cantan: en esta costa melancólica no se oye nunca la estrofa de una canción popular. Los hombres de esta tierra son serios, honrados, más razonables que religiosos, y orgullosos de la audacia y de la libertad de sus antepasados. Gentes así no son fáciles de excitar fantasiosamente, ni tampoco son muy dadas a meditaciones arbitrarias. Lo importante para el pescador que vive solitario en su *Siel* es la pesca, y, de vez en cuando, el premio que le paga algún viajero que quiere pasar a una de las próximas islas del mar del Norte. En una determinada época del año, según se dice, precisamente a mediodía, cuando el pescador está sentado a la mesa con su familia, entra un viajero en la gran habitación y pide al dueño de la casa que le conceda unos momentos para

despachar un asunto. Luego de pedir en vano al huésped que coma también de su plato, el pescador accede finalmente, y los dos se apartan a una mesita que está ante la ventana. No voy a describir por lo largo el aspecto del viajero, según ociosa costumbre de novelistas; para lo que viene que me propongo basta con una breve ficha precisa: el viajero es un varón ya en años pero bien conservado, un anciano juvenil, robusto, pero no grueso, con la mejillitas encarnadas como manzanas de Dorsdorf, unos ojillos vivos que miran a todas partes y un sombrero de tres picos en la empolvada cabecita. Debajo de una hopalanda amarilla clara con innumerables adornos el caballero lleva un antiguo vestido de los que vemos en los retratos de mercaderes holandeses y que revela cierto bienestar material: una casaquita verde papagayo de seda, chaleco bordado de flores, cortos pantalones negros, medias a rayas y zapatos de hebilla; éstas últimas tan brillantes que no se entiende cómo ha podido recorrer a pie el fango de los caminos del *Siel*. Su voz es asmática, delgada y quebrada a veces, pero la elocución y la actitud del hombrecito son mesuradas, graves, como compete a un comerciante holandés. Pero esa gravedad parece más aprendida que natural, y contrasta a veces con el inquisitivo agitarse de los ojos y con la voluble movilidad de las piernas y de los brazos, mal disimulada por él. Que el viajero es un comerciante holandés lo prueba no sólo su vestido, sino también la mercantil precisión y la prudencia con la que sabe concluir el negocio del modo más ventajoso para su mandante. Es en efecto, según dice, agente expedidor, y ha recibido de uno de sus clientes el encargo de transportar, desde la costa frisia hasta la Isla Blanca, un determinado número de almas, tantas cuantas quepan en una barca corriente; para esto quería saber el caballero si el barquero quiere trasladar aquella noche con su barca dicha carga a la isla citada; en este caso está dispuesto a pagarle por anticipado, y ahora mismo, el viaje, esperando que, por modestia cristiana, el pescador pondrá un precio discreto. El comerciante holandés (esto es propiamente una redundancia, pues todo holandés es comerciante) hace su propuesta con la mayor tranquilidad, como si se tratara de queso, y no de almas de difuntos. El pescador se queda callado un poco, y siente cierto escalofrío por la espalda, al oír la palabra almas, pues se da cuenta en seguida de que se trata de almas de difuntos y de que está en presencia del holandés fantasma que ha confiado a tantos colegas suyos el transporte de las

almas muertas, pagándolo bien. Pero, como he indicado antes, la población de la costa frisia oriental es valiente, sana y sobria, libre de esa imaginación enfermiza que nos hace sensibles a lo fantasmal u sobrenatural: por eso el secreto terror de nuestro barquero no dura más que un instante; reprime sus inquietantes sensaciones, se domina en seguida, y, con la más tranquila apariencia, se dispone exclusivamente a pedir el precio más alto posible para el viaje. Al cabo de alguna discusión y algún regateo, los dos contrayentes se ponen de acuerdo sobre el precio, se dan la mano sellando el contrato, y el holandés saca una sucia bolsa de cuero llena de pequeñísimas moneditas de plata, las más pequeñas que jamás se hayan acuñado en Holanda, y paga la suma con esas moneditas. Luego de impartir al pescador instrucciones para que hacia la medianoche, a la hora en que la luna despunte de las nubes, se encuentre con la barca en un determinado punto de la costa para recoger la carga, se despide de toda la familia, la cual repite en vano su invitación a comer; y el personaje que hasta aquel momento manifestaba tanta gravedad sale trotando con pasitos ligeros.

A la hora dicha el pescador se encuentra con su barca en el lugar convenido, la cual se mece al principio por el vaivén de las olas; pero apenas se muestra la luna llena, el pescador observa que su barca se mueve cada vez menos y se va hundiendo en el agua, de modo que al final no hay más que un palmo entre el borde y el mar. Esta circunstancia le indica que sus pasajeros, las almas, están ya a bordo, y sale al mar con su carga. Por más que esfuerce la vista, no distingue en la barca más que algunas franjas de niebla que se mueven de un lado para otro. Pero no cobran forma definitiva, sino que se funden las unas con las otras. Y por más que esfuerce el oído no percibe más que cierto susurro indeciblemente suave. Sólo de vez en cuando pasa chillando una gaviota por encima de su cabeza, o sale del agua un pez que le mira estúpidamente. La noche bosteza, y el aire marino sopla helado. Agua por todas partes, luz de luna y silencio; silencioso como lo que le rodea es el pescador que llega finalmente a la Isla Blanca y detiene la barca. No ve a nadie en la playa, pero oye una voz chillona, jadeante y asmática, en la que reconoce la del holandés, el cual parece leer una lista de nombre propios, según cierta monótona melodía versificada; entre esos nombres hay algunos de personas conocidas del pescador, muertas durante el año. Mientras prosigue la lectura de la lista la

barca va aligerándose, y, si hace un momento descansaba pesadamente en la arena de la orilla, apenas terminada la lista se levanta de golpe; y el pescador, que se da cuenta de que su carga ha sido recibida, se vuelve tranquilamente a su querida casa del *Siel*, a reunirse con su mujer y con sus hijos.

Así ocurre cada vez con el paso de las almas a la Isla Blanca. Como especial circunstancia observó una vez el pescador que el invisible vigilante se interrumpió de repente durante la lectura de la lista y exclamó: “Pero ¿dónde está Pitter Jansen? Esto no es Pitter Jansen.” A lo que repuso una fina voz llorosa: “Yo soy la mujer de Pitter Jansen, y me he puesto en la lista con el nombre de mi marido.”

Antes me he comprometido a adivinar, a pesar del picaresco disfraz, la importante persona mitológica que se oculta detrás de esa tradición. Se trata nada menos que del dios Mercurio, el antiguo pastor de las almas, Hermes Psychopompos. Sí: bajo la triste hopalanda, y en aquella sobria figura de mercader, se esconde el más brillante dios pagano, el prudente hijo de Maya. No lleva en el tricornio plumero alguno que recuerde las alas del tocado del dios, y los pesados zapatos de hebilla de acero no recuerdan en absoluto las sandalias aladas; ese pesado plomo holandés es tan diverso del ágil mercurio al que el dios dio nombre... Pero precisamente el contraste indica la intención: el dios escogió ese disfraz para esconderse más seguramente. Y acaso no lo escogiera de un modo de los ladrones y de los mercaderes, y no es sorprendente que, puesto a escoger una máscara que le ocultara y una profesión que le alimentara, el dios tuviera en cuenta sus antecedentes y sus talentos. Estos últimos estaban fuera de duda: él era el más fértil en ardides de todos los olímpicos, había inventado la lira de tortuga y el gas solar, era capaz de robar a los hombres y a los dioses, y ya de niño resultó pequeño Kalmonius<sup>2</sup> que se escapó de la cuna para escamotear unos cuantos bueyes. Tenía, pues, que escoger entre las dos industrias, que no son en el fondo tan distintas, puesto que en ambas se trata de conseguir la propiedad ajena del modo más barato posible: pero el astuto dios pensó que el estamento de los ladrones no goza

---

<sup>2</sup> Kalmonius era un judío de la corte de Federico el Grande. Heine llamaba así al pariente de Lassalle que se encargó –con poquísimos éxitos– de utilizar en la bolsa el dinero del poeta [N del T.]

ante el público de tanto respeto como el de los comerciantes, que el primero es perseguido por la policía, mientras el segundo es incluso favorecido por las leyes; que los comerciantes suben ahora por la escala de los honores hasta los escalones más altos, mientras que los del otro estamento tienen a veces que encaramarse a una escalerilla menos agradable, y que además tiene que poner en juego la libertad y la vida, mientras que los comerciantes no pueden perder más que sus capitales o los de sus amigos: en resolución, el más astuto de los dioses se hizo comerciante, y, para serlo completo, se hizo incluso holandés. Su antigua práctica de *psychopompos*, de guía de las sombras, hizo de él el mejor especialista para las expediciones de almas, cuyo transporte efectivamente organizaba, como hemos visto, desde la costa de Frisia hasta la Isla Blanca.

La Isla Blanca se llama a veces también Brea o Britania. ¿Recuerda el nombre la blanca Albión, los acantilados calizos de la costa inglesa? Sería una idea humorística la descripción de Inglaterra como país de los muertos, como imperio plutónico, como infierno; y sin duda se presenta Inglaterra en esa figura a más de un forastero.

En un ensayo acerca de la leyenda de Fausto he comentado la fe popular relativa al reino de Plutón, así como éste mismo. He mostrado en él que el viejo reino de las sombras se convirtió en infierno pleno mientras su viejo señor era objeto de diabolización completa. Pero sólo en el estilo de cancillería de la Iglesia es la situación tan clara; a pesar del anatema cristiano, la posición de Plutón siguió siendo esencialmente idéntica. Él, el dios del mundo inferior, y su hermano Neptuno, el dios del mar, no han emigrado como otros dioses, sino que siguieron en sus dominios o elementos incluso después de la victoria del cristianismo. Por más locuras que se dijeran aquí arriba a cuenta suya, el viejo Plutón estaba abajo, sentado al calor junto a su Proserpina. Muchas menos calumnias que su hermano tuvo que soportar Neptuno, y ni el teñido de las campanas ni el ruido del órgano le mostraron el oído allá abajo en su océano, donde estaba tranquilamente sentado junto a su esposa Anftrite, la de los blancos senos, y rodeado de su húmeda corte de nereidas y tritones. Sólo a veces, cuando algún joven marino pasaba por vez primera la línea, salía de las profundidades, esgrimiendo el tridente, coronada de juncos la cabeza y con la blanca barba ondeando hasta el ombligo. Impartía entonces al neófito el terrible

bautizo del agua marina y pronunciaba un discurso largo y consolador, lleno de rudos chistes marineros que escupía, más que hablar, junto con la agüilla amarilla del tabaco mascado, para solaz de sus alquitrانados oyentes. Un amigo que me describió detalladamente cómo se celebra ese misterio marino entre los marinos en ruta, me aseguró que incluso los marineros que más alocadamente reían al ver el carnavalesco personaje en cubierta creen firmemente en la existencia del dios del mar, y de vez en cuando le rezan en situaciones de mucho peligro.

Neptuno siguió, pues, siendo el dueño del imperio del agua, igual que Plutón se mantenía como príncipe del mundo subterráneo a pesar de su diabolización. Mejor le fue ella que a su hermano Júpiter, tercer hijo de Saturno, el que conquistó el dominio del cielo derrocando a su padre y dirigió en el Olimpo, como rey del mundo, su ambrosíaco gobierno despreocupado, con toda la comitiva de rientes dioses, diosas y ninfas de honor. Cuando ocurrió la infausta catástrofe, cuando se proclamó el triunfo de la cruz, del sufrimiento, también el gran Cronida emigró y desapareció en el tumulto de las migraciones de los pueblos<sup>3</sup>. Se perdió su rastro, y en vano he preguntado a las viejas crónicas y a las viejas mujeres: nadie ha sabido darme información de su destino. Con la misma intención he registrado muchas bibliotecas, pidiendo los códices más magníficos, adornados de oro y piedras preciosas, verdaderas odaliscas del harén de la ciencia; en este lugar expreso el sólito agradecimiento a los eruditos eunucos por la sencillez y hasta afabilidad con que me mostraron aquellos luminosos tesoros. Parece que no se ha conservado ninguna tradición popular de Júpiteres medievales, y lo único recogido es una historia que me contó una vez mi amigo Niels Andersen.

Acabo de citar a Niels Andersen, y esta querida y barroca figura resucita en mis recuerdos. Quiero dedicarle aquí algunas líneas. Me gusta, en efecto, indicar mis fuentes y hasta discutir sus cualidades, para que el interesado lector pueda juzgar por sí mismo acerca de la fe que merece. Algunas palabras, pues, sobre mi fuerte.

---

<sup>3</sup> “Migraciones de los pueblos” llaman los alemanes a los que en los países latinos suele llamarse “las invasiones de los bárbaros” o “la invasión de los bárbaros” [N. del T.]



Niels Andersen, nacido en Trondheim, Noruega, fue uno de los más grandes cazadores de ballenas a quienes he conocido. Le debo mucho. Le debo todos mis conocimientos relativos a la caza de la ballena. Me dio a conocer todas las fintas aplicadas por el inteligente animal para escapar al cazador; me confió los ardides de guerra con los que se burlan sus fintas. Me enseñó los tiempos del lanzamiento del arpón, me mostró cómo hay que apoyar la rodilla derecha en el borde delantero de la barca en el momento de lanzar el arpón a la ballena, mientras se da con la pierna izquierda una salada patada al marinero que no suelta con suficiente rapidez el cable atado al arpón. Se lo debo todo, y si no he llegado a ser un cazador de ballenas la culpa no es de Niels Andersen ni mía, sino de mi mal destino, que no me concedió jamás el encuentro con una ballena durante mi ajetreada y viajera vida, una ballena con la que pudiera entablar un combate digno. No me he encontrado en la vida más que sardinas vulgares y arenques piojosos. Y ¿para qué sirve el mejor arpón en la lucha con un arenque? Hoy tengo ya que abandonar toda esperanza cazadora, a casusa de la rigidez de mis piernas. Cuando conocí a Niels Andersen en Ritzebütterl, cerca de Cuxhaven, no estaba tampoco bien de las piernas, pues, cerca del Senegal, un joven tiburón que acaso confundió su pierna derecha con un bastón de caramelo, se la cortó, de modo que el pobre Niels tuvo que moverse en adelante con una pata de palo. Su mayor placer era entonces sentarse en un gran tonel y tamborilear en él con la pata de palo. Muchas veces le ayudé a subirse al tonel, pero luego, también muchas veces, me negaba a bajarle antes de que me contara alguna de sus maravillosas leyendas de pescadores.

Del mismo modo que Mohamed ben Mansur empezaba siempre sus poemas con un elogio del caballo, Niels Andersen empezaba todas sus historias con una apología de la ballena. Tampoco la leyenda que aquí vamos a reproducir carece de ese elogio inicial. La ballena, decía Niels Andersen, no es sólo el animal más grande, sino también el más hermoso. De los dos orificios nasales que se encuentran en la cabeza salen dos colosales chorros de agua que le dan el aspecto de un surtidor maravilloso y producen un efecto mágico, especialmente de noche, a la luz de la luna. Al mismo tiempo es bondadosa, pacífica, y tienen mucho sentido para la tranquila vida familiar. Es un espectáculo

conmovero ver a la ballena padre con los suyos, echada en un gigantesco témpano de hielo mientras todos, jóvenes y viejos, se superan los unos a los otros en afectuosos juegos e inocentes burlas. A veces se echan todos de repente el agua, para jugar al escondite entre los grandes bloques de hielo. La pureza de costumbre y la castidad de las ballenas se deben mucho más al agua de hielo en la que chapotean constantemente que a principios morales. Desgraciadamente no puede negarse que carecen de sentimiento religioso, que son animales sin religión.

“Creo que eso es un error –interrumpí a mi amigo–; hace poco he leído la relación de un misionero holandés en la que éste describe la magnificencia de la Creación, que se manifiesta en las altas regiones polares cuando sale por la mañana el sol e ilumina las audaces y gigantescas masas de hielo. Éstas, dice el misionero, recuerdan enseguida humanos castillos de diamantes, dan tan imponente testimonio de la omnipotencia de Dios que no sólo el hombre, sino incluso la grosera criatura íctica, conmovida por el espectáculo, adora al Creador: con sus propios ojos, asegura el dómine, ha visto varias ballenas que, apoyadas a un murallón de hielo, erguían e inclinaban en oración la parte superior del cuerpo.”

Niels Andersen sacudió extrañamente la cabeza; no negó haber visto él mismo a veces cómo las ballenas, así erguidas junto a una pared helada, hacen movimientos algo parecidos a los que observamos en los oratorios de algunas sectas; pero Andersen no quería atribuirlo a contemplación religiosa. Lo explicó más bien fisiológicamente: observó que la ballena, Chimborazo animal, posee bajo la piel una capa de grasa tan gigantesca que a menisco una sola de ellas puede suministrar hasta ciento cincuenta barriles de sebo. Esa capa de grasa es tan profunda que en ella pueden meterse varios centenares de ratas de mar mientras la ballena duerme en el témpano; esos huéspedes, infinitamente mayores y más agresivos que nuestras ratas terrestres, llevan una vida muy agradable bajo la piel de la ballena, donde pueden comer día y noche grasa de la mejor calidad sin necesidad de salir de la madriguera. La rapiña resulta al final algo molesto para el involuntario huésped, y hasta infinitamente dolorosa; y como no tiene manos como el hombre, el cual, gracias a Dios, puede rascarse cuando algo le pica, la ballena intenta mitigar el tormento colocándose junto a los agudos cantos de un murallón de hielo y frotando apasionadamente la

espalda arriba y abajo, tal como suelen hacer entre nosotros los perros con el canto de una cama cuando les molestan demasiadas pulgas. El honrado misionero ha interpretado esos movimientos como propios de un ser en oración y los ha atribuido a la contemplación religiosa, cuando son simple fruto de roedoras orgías. “A pesar de toda la grasa que contiene –terminó Niels Andersen–, la ballena carece de sentimiento religiosos.” No honra a los santos ni a los profetas, y ni siquiera consiguió digerir al pequeño profeta Jonás, al que una vez se tragó por error, de modo que a los tres días volvió a escupirlo. El excelente monstruo no tiene, desgraciadamente, religión, y una ballena de esas adora a nuestro verdadero Dios, que está allá arriba en el cielo, tan poco como el falso dios pagano que se encuentra en el Polo Norte, en la Isla de los Conejos, adonde por cierto va a visitarle algunas veces.»

“¿Dónde está esa Isla de los Conejos?”, pregunté a nuestro Niels Andersen. Éste tamborileó en el tonel con su pata de palo, y contestó: “Ésa es precisamente la isla en la que ocurre la historia que voy a contar. No puedo decir exactamente la verdadera situación de la isla. Nadie ha podido llegar a ella desde que se descubrió; lo impiden los gigantescos témpanos de hielo que se amontonan en torno de la isla y no permiten sino rara vez aproximarse a ella. Sólo los marineros de un ballenero ruso que una vez se vió lanzado muy al norte por las tormentas han pisado la isla, y de eso hace ya cien años. Cuando aquellos marineros desembarcaron con una lancha hallaron la isla desierta y salvaje. La retama se movía tristemente en la arena móvil; sólo en unos pocos lugares había unos abetos enanos o se arrastraba por el suelo el más estéril matorral bajo. Vieron correr unos pocos conejos, y por eso dieron al lugar el nombre de Isla de los Conejos. Una miserable y única choza les dio noticia de que allí vivía un ser humano. Al entrar los marinos en ella vieron a un anciano viejísimo que, miserablemente vestido con pieles de conejo, estaba sentado ante el fuego en una silla de piedra, calentándose las delgadas manos y las temblorosas rodillas. Había a su derecha un pájaro gigantesco que parecía ser un águila, aunque el tiempo lo había maltratado tanto que no conservaba más que las largas y revueltas plumas timones de las alas, lo que daba al desnudo animal un aspecto sumamente cómico y al mismo tiempo horrible. A la izquierda del viejo estaba echada en el suelo una cabra grandísima y pelona que parecía ser muy vieja a

pesar de que aún le colgaban del vientre grandes urbes llenas de leche, con frescos pezones rosas.

“Entre los marineros rusos que desembocaron en la Isla de los Conejos había varios griegos, y uno de ellos, sin creer que el dueño de la choza pudiera entenderle, dijo en griego a uno de sus compañeros: ‘Este viejo es un fantasma o un demonio malo.’ Pero al oír estas palabras el viejo se levantó repentinamente de su silla de piedra, y con gran asombro vieron los marineros una figura alta y magnífica que a pesar de su vejez se mantenía erecta con dignidad autoritaria y real y casi tocaba con la cabeza las vigas del techo; también sus rasgos, aunque arrasados y envejecidos, daban testimonio de originaria belleza, eran nobles y bien proporcionados; unos pocos cabellos de plata caían de la frente surcada por la edad y el orgullo, los ojos miraban blanda y fijamente, pero de un modo penetrante, y de la contraída boca salieron en un viejo dialecto griego las sonoras y armoniosas palabras: ‘Te equivocas, joven, no soy un fantasma ni un demonio malo; soy un desgraciado que ha conocido días mejores. Mas vosotros, ¿quiénes sois?’

“Los marineros contaron al viejo la desgracia que les había ocurrido y le pidieron información acerca de la isla. Pero estas informaciones fueron muy escasas. El viejo les dijo que vivían en la isla desde tiempo inmemorial, porque la muralla de hielo le ofrecía refugio seguro contra sus despiadados enemigos. Vivían principalmente de la caza de conejos, y todos los años, cuando se helaba el mar, llegaban en trineos unos salvajes a los que vendía sus pieles de conejo, a cambio de lo cual ellos le entregaban toda clase de objetos de uso cotidiano. Las ballenas que a veces llegaban hasta la isla eran su mejor compañía. Pero también le complacía en aquella ocasión poder hablar su lengua materna, pues él era, según dijo, griego; pidió a sus compatriotas que le dieran algunas noticias de la situación de Grecia. El que alguien hubiera derribado las cruces de las torres de las ciudades griegas produjo visiblemente al viejo maliciosa alegría; pero no se sintió tan a gusto cuando le dijeron que en lugar de la cruz había puesto la media luna. Lo más notable era que ningún marinero conocía las ciudades por las cuales preguntaba el viejo y que, según decía, habían sido florecientes en su tiempo; del mismo modo le eran desconocidos los nombres de ciudades y aldeas de la Grecia actual que le dijeron los marinos. Por eso el

viejo sacudía de vez en cuando melancólicamente la cabeza, y los marinos se miraban asombrados. Observaron que conocía las tierras de Grecia con todo detalle, las ensenadas, los golfos, los cabos e istmos, y sabía describir la mínima colina y el menor acantilado tan clara y detalladamente que su desconocimiento de los nombres de ciudades más corrientes asombró mucho a los marinos. Así, les preguntó con especial interés y hasta con un poco de angustia por un viejo templo que, según aseguraba, había sido en su tiempo el más hermoso de toda Grecia. Pero ninguno de los oyentes conocía el nombre que el viejo pronunció con ternura, hasta que por último, después de una nueva y detallada descripción del lugar del templo, un joven marinero reconoció por la descripción la zona de que se trataba.

“El joven dijo que el lugar en que él había nacido se encontraba junto al sitio de que hablaba el anciano, y que de niño había llevado muchas veces a aquel sitio los puercos de su padre. Hay allí verdad, dijo, ruinas de antiguos edificios que hablan de pasada magnificencia; sólo aquí y allá se encuentra aún en pie alguna gran columna de mármol, separadas o unidas por las piedras de un frontón, de cuyas brechas caen florecientes guirnaldas de madreselva y campanillas, como trenzas de cabello. Otras columnas, entre ellas varias de mármol rosa, yacen quebradas por el suelo, y la hierba crece tapando los ricos capiteles de hojas y flores de piedra. También yacen por el suelo, medio escondidas, grandes placas de mármol, cuadradas, de pared, y triangulares, de los techos, cubiertas por una enorme higuera salvaje que ha crecido entre las ruinas. A la sombra de ese árbol, siguió diciendo el mozo, he pasado muchas horas contemplando las raras figuras retratadas en altos relieves de la piedra: representaba toda clase de juegos y combates, muy amables y bonitos de ver, pero, desgraciadamente, también muy destruidos por el tiempo, o bien cubiertos de musgo y yedra. Su padre, al que preguntó por la misteriosa significación de aquellas columnas y esculturas, le dijo una vez que eran las ruinas de un viejo templo en el que había vivido en otro tiempo un malvado dios de paganos que no sólo se dedicaba a la más desnuda lascivia, sino que cultivaba además los vicios contra naturaleza y la vergüenza de la sangre; los ciegos paganos, a pesar de ello, le habían venerado sacrificándole a veces cien bueyes ante el altar; el bloque hueco de mármol en el que

caía la sangre de las víctimas se encontraba aún allí, y era precisamente la artesa que utilizaba el muchazo a veces para abreviar sus cerdos con el agua de lluvia allí recogida, o bien para amontonar toda clase de residuos que deseara macerar.

“Así habló el joven. Pero el viejo lanzó un suspiro que demostraba la presencia del dolor más espantoso; quebrado, se dejó caer en la silla de piedra, se cubrió el rostro con ambas manos y lloró como un niño. El gran pájaro chilló espantosamente, abrió las alas gigantescas y amenazó a los marineros con el pico y con las garras. La vieja cabra se puso a lamer las manos de su dueño y baló tristemente, como intentando consolarle.

“Los marineros sintieron extraño malestar a la vista de ese espectáculo; abandonaron velozmente la choza y no se sintieron tranquilos hasta que dejaron de oír los sollozos del viejo, los chillidos del pájaro y el balido de la cabra. Vueltos a bordo del barco contaron su aventura. Pero entre los hombres de a bordo había un sabio ruso, profesor de la facultad de filosofía de la Universidad de Kazán, y éste declaró que la aventura era muy importante; poniéndose pícaramente el índice a la altura de la nariz, aseguró a los marineros que el anciano de la Isla de los Conejos era indiscutiblemente el viejo dios Júpiter, hijo de Saturno y de Rea, antiguo rey de los dioses. Que el pájaro a su lado era evidentemente el águila que en otro tiempo sostuvo en sus garras los temibles rayos. Y la vieja cabra no podía ser, con toda probabilidad, sino Althea<sup>4</sup>, la vieja nodriza que ya en Creta amamantó al dios y que le alimentaba ahora de nuevo con su leche en el exilio.”

Así me contó Niels Andersen, y confieso que su historia me llenó el alma de melancolía. Ya sus revelaciones acerca del secreto dolor de las ballenas habían suscitado mi compasión. ¡Pobre bestión! No hay remedio contra la vil ralea de las ratas que hacen nido en ti y te roen sin cesar, y tienes que arrastrar contigo durante toda la vida; aunque corras desesperadamente del Polo Norte al Polo Sur, aunque te rasques con sus cantos de hielo, no hay remedio, no te las quitarás de encima, no te quitarás de encima las sucias ratas, ya por si eso fuera poco ¡te falta el consuelo de la religión! En toda grandeza de esta tierra roen

---

<sup>4</sup> Error por Amaltea [N del T.]

ratas secretas, y hasta los dioses tienen que perecer al final. Así lo quiere la férrea ley del hado, y hasta el supremo de los inmortales tiene que inclinar vergonzosamente la cabeza ante ella. Él, que fue cantado por Homero y retratado por Fidias en otro y marfil; él, que no tenía más que cerrar un momento los ojos para que temblara el globo terráqueo; él, amante de Leda, de Alcmena, de Semele, de Dánae, de Calisto, de Io, de Latona, de Europa, etc., él tiene que esconderse al final en el Polo Norte entre témpanos de hielo y negociar con pieles de conejo para seguir vegetando, como un mísero saboyano.

No dudo de que habrá gentes que disfrutaran malévolamente ante este espectáculo. Estas gentes son tal vez los descendientes de los desgraciados bueyes que fueron sacrificados en las hecatombes ante los altares de Júpiter. Alegráos, está vengada la sangre de vuestros antepasados, de aquellas pobres víctimas de la superstición. Pero a nosotros, que no nos sentimos limitados en nuestro sentir por esa cólera heredada, a nosotros nos conmueve el espectáculo de la grandeza caída, y a ella dedicamos nuestra más piadosa compasión. La sensibilidad nos impide acaso dar a nuestra narración esa fría seriedad que es uno de los ornatos del historiador; sólo en parte podemos asumir esa gravedad que únicamente es posible conseguir en Francia. Modestamente nos recomendamos a la indulgencia del lector, por el que siempre mostramos el mayor respeto, y con eso terminamos aquí la primera sección de nuestra historia de los dioses en el exilio.<sup>5</sup> ❧

---

<sup>5</sup> «Primera sección» es burla del estilo histórico-científico. El trabajo termina aquí. En la edición francesa Heine había dicho lo mismo pero menos petulantemente: *Aussi j'avoue avec modestie toute mon infériorité vis-à-vis des grands maîtres de ce genre [el histórico], et en recommandant mon oeuvre à l'indulgence du bienévole lecteur...*, etc. [N del T.]